

La puerta de R'lyeh

Fernando García Pañeda

Después de incontables eones vagando entre sueños abrí los ojos y quedé paralizado ante el horror de una estructura monstruosa, una acumulación de mampostería ciclópea con tamaño inabarcable. Aquel... (no se podía llamar edificio) aquella deformidad de ángulos erróneos y desconcertantes estaba recubierta con una especie de escamas descomunales de un color inexistente en el espectro visible por el ojo humano, semejante a un herrumbroso musgo refulgente. Frente a esa anomalía prismática de geometría no euclidiana, las paredes se retorcían ilógicamente, despreciando cualquier norma de perspectiva y contrariando todas las leyes de la materia. Al entrar en esa perversión arquitectónica, las segundas miradas encontraban concavidad donde antes se había creído ver convexidad, creando una sensación vertiginosa, sin que se pudiera afirmar si el mismo suelo era horizontal. Las formas no se correspondían a las dimensiones comprensibles por la mente. A su lado, la estatua de algún ente monstruoso recubierto de fango verdoso cambiaba de imagen y forma con pátinas insondables.

Aquello, sin duda, era el impronunciable Ggu-Hemh-Ehim, la puerta de la ciudad muerta de R'lyeh, donde el Gran Cthulhu y sus hordas aguardan soñando...

– Señor Gehry, señor, ya estamos llegando a Nueva York –le despertó su asistente–. Estamos a punto de aterrizar.

– ¡Oh, por Dios! Recuérdeme que no vuelva a comer esas malditas alubias y esos... sacramentos. Me sientan peor que un tiro.

– Entendido. En todo caso, espero que el viaje a Bilbao le haya resultado provechoso. Frank Gehry, con aire pensativo, respondió:

– Sí. De hecho, creo que puedo tener una idea más concreta sobre el proyecto de ese nuevo Guggenheim.